

DISCURSO

**Pronunciado por el Dr. Fernando Ocaranza, Presidente de la
Academia, en la Sesión Solemne del Año
Académico de 1925-1926**

Señor Rector de la Universidad Nacional,
Señores Académicos,
Señores Delegados de las Sociedades Científicas.

Al depositar en manos muy estimables el honor que la Academia me confiara, por cierto el más grande que haya recibido en mi modesta vida científica, deseo recordar las palabras que dije hace un año con motivo de una cena conmemorativa y como en aquella ocasión quiero expresarme ahora con franqueza y con verdad; por lo menos, con la verdad que siento en mí, ya que cada día afirmo más la convicción de que el ditirambo o la frase convencional nos hacen daño, aunque puedan alhagarnos y por esto precisamente he confesado con absoluta sinceridad que soy inepto para hacer discursos, pues no siempre está mi espíritu dispuesto para la loa y de continuo, me siento incapaz de jugar con la frase convencional.

En la ocasión a que hice referencia, quizá con sorpresa para mis oyentes rompí con la costumbre generosa de evocar pasadas glorias académicas o de organizar desfiles, con los hombres que pudieran servirnos de ejemplo por sus virtudes o por su ciencia.

En lugar de esto recordé nuestros dolores y descorrí el velo piadoso que cubría nuestros defectos, indicando aunque fuese a la ligera de qué manera podríamos aliviar los primeros y corregir los segundos.

Ha transcurrido un año y haciendo el proceso del período académico, que acabo de presidir, comenzaré por el examen de mi mismo.

Confieso que no hice todo lo que mis palabras de advertencia y de reproche me comprometían para llevar a cabo; más no fue por pereza, ni fue por desencanto; sino que por una de esas casualidades que colman de satisfacción el espíritu humano, fui nombrado desde aquellos días para dirigir la institución médica docente más alta de nuestro país y al aceptar temeroso y entusiasta tal compromiso, tuve que entregarle y sigo entregándole mis pensamientos más altos y las mejores de mis escasas aptitudes. La Academia de Medicina no se apartó sin embargo de mis inquietudes y mis pen-

samientos y con todo, que corro fama de esforzado, no pude entregarme a ella por completo, urgido por responsabilidades de mayor trascendencia.

Sin embargo, para lo que no hice directamente; presté mi apoyo decidido, y por esto han vuelto los semblantes severos de nuestros presidentes muertos a vigilar la marcha de los trabajos académicos y el dosel carmesí y los sillones y todas las reliquias de la Academia, han vuelto a sus puestos y los pasos se ahogan de nuevo sobre la vieja y muelle alfombra y los libros escalan y reposan en sus estantes y la Academia tiene de nuevo su pequeña Sala de juntas parciales, que a la vez habrá de utilizar para el examen de los enfermos.

En fin, maltrechas y envejecidas han vuelto a su sitio todas las cosas que guardó por algunos años, esperando el día de la reivindicación. En esta obra de alivio y de consuelo y porque no he de repetirlo, de reivindicación, ha tomado parte muy activa el Rector de la Universidad Nacional que es también nuestro Secretario Perpetuo y no tan sólo, sino con la mayor puntualidad posible ha puesto en nuestras manos la asignación que tiene marcado el Presupuesto para nuestra H. Academia.

Antes y al terminar el pasado ejercicio académico, tuve la satisfacción, transitoria quizá, de oír por labios de algunos consocios nuestros, que las sesiones habían estado animadas y en general concurridas y que, en varias ocasiones oyeron memorias muy dignas de atención y de interés. Realmente, si se comparan los días que acaban de transcurrir con los momentos de mayor desaliento que indudablemente ha tenido nuestra Sociedad, no hay duda de que existen indicios de un firme despertar, sin embargo, no dejemos mecernos como muy a menudo acaece, por un suave y confiado optimismo y confesemos, que estamos aún muy lejos de cumplir puntualmente nuestros compromisos y de corresponder al nombre que llevamos, pues si hemos de hablar con franqueza, ni nuestra asistencia es tan puntual como debiera, ni hacemos todo el esfuerzo posible por leer nuestras memorias reglamentarias en la fecha que indica el mandato académico, si es que cumplimos con esta obligación.

En el año académico que acaba de terminar, hubo un acontecimiento insólito, aunque no indebido, según mi parecer personal, la agregación de un grupo tan respetable y tan estimado como los demás que componen la Academia, el de los «ex-oficio». Me parece natural que nuestra corporación haya considerado como miembros suyos a los médicos que ocupan los puestos más elevados en las instituciones médicas o en las directoras de la enseñanza.

No quiero quebrantar la costumbre, muy loable por cierto, de enviar un recuerdo a los consocios muertos. Bien sabéis quienes son y la mayor prueba de respeto que puedo ofrecerles consiste en hacer esta evocación para que sus nombres surjan en lo más íntimo de vuestros espíritus. La

colección de retratos de nuestros presidentes muertos se aumentó con dos, que llevan impreso el gusto artístico que ahora priva; pero esto no impide que despierten la simpatía y el cariño o la veneración que formaron en nuestra alma los que nos dirigieron y que ya no están con nosotros.

Creo, que mi último deber, ha de consistir en defender a la Academia del reproche que se le ha hecho, con motivo de una reciente y acalorada discusión, de haberse convertido en un cuerpo político. En ésta, como en otras ocasiones, el entendimiento incompleto de nuestros propósitos ha sido motivo de una apreciación injusta y por deficiente que haya sido la manera de solicitar una resolución académica, me parece que siempre estuvimos colocados en un punto de vista científico. Por lo que respecta al que dirigió los debates, protesta con todas sus fuerzas que, si se mantuvo con firmeza lo hizo así mismo con la más completa imparcialidad y ageno a cualquiera influencia. He dicho breves palabras sobre el presente y sobre el pasado inmediato de la Academia. ¿Podría permitírseme que agregara unas cuantas sobre el futuro?

No me atrevería a pronosticar cualquiera cosa definida; pero sí creo oportuno indicar que en mi concepto el futuro de la Academia depende del equilibrio que pueda establecerse entre las dos tendencias que de pocos años a la fecha vienen marcándose.

No cabe duda que las academias son instituciones con tendencias conservadoras y que quizá su fuerza depende de la tradición; en ellas si, «los muertos mandan», si se me permite este lugar común.

Más, por muy conservadoras que sean, no podrán substraerse al movimiento que agita al Mundo. Los valores sociales se están reestimando, las instituciones se verifican, los grupos sociales se organizan y buscan los mejores medios para la futura defensa y como el movimiento es universal y radical, habrá que seguirlo a riesgo de perecer.

Las tendencias a la íntegra conservación y a la imperiosa renovación se marcan entre nosotros; múltiples detalles y hasta modificaciones radicales en nuestras prácticas así lo indican y por eso creo que sí es difícil el vaticinio, es conveniente decir con claridad que las dos tendencias existen, que han propugnado sordamente; pero que más valiera definir las y equilibrarlas para que la Academia pueda seguir las órdenes imperativas e ineludibles del momento en que vivimos.

Y. Co. Ocasano